

CUENTO INFANTIL



Pericón

La hortelanita lo aseguraba muy seriamente; lo había visto ella muchas veces; como había visto otras, no tantas, llorar a Pericón. Una vez que su abuelita estuvo muy mala y se iba a morir, como había muerto su santa madre anteriormente, Juanita, que se veía sola, fué a contarle su pena al borriquillo, y éste se puso muy triste, muy triste, y al fin lloró con ella.

Otra vez que su abuelita la regañó por creerla culpable de una falta, que en verdad no había cometido, Pericón, al verla tan compungida, se entristeció como una persona.

¡Era verdad, verdad! Ella lo había notado muchas veces: que su fiel amigo sufría y se alegraba con sus tristezas y alegrías, y no es que Pericón fuese triste ni alegre. Ordinariamente, era un animalito serio, reflexivo, más bien resignado. Conocía el humilde papel que se le había asignado en este mundo, y lo desempeñaba sin protesta, pacientemente; tal vez hasta satisfecho al sentir las caricias de la hortelanita.

* * *

¡Cómo lloraba! ¡Estaba inconsolable!

Su abuelita, entre sollozos, había dado la terrible noticia. ¡Era preciso vender el borriquillo!

Aquel hombre tan mal encarado que un día vino a su casa y entregó a la abuelita unos duros...

¡Cómo le había extrañado aquella escena! La abuela, tan pobre, al recibirlos, se le cayeron las lágrimas; ¿por qué?

Ahora se lo explicaba. Aquel hombre había vuelto la noche pasada y exigía los duros que diera y muchos más. Su abuelita lloraba, lloraba mucho y repetía: "¡Si no los tengo! ¡Vinieron las cosas tan mal este año!" Pero el hombre, que debía ser muy malo, muy malo, no le escuchaba y salió profiriendo terribles amenazas.

Ya solas la niña y la abuela, le dió ésta la fatal noticia. No había remedio; era preciso vender a Pericón.

No durmió Juanita en toda la noche. Al levantarse, fué a la cuadra a llevar a su amigo el pienso. Era el último día que irían juntos al mercado; después...

—¿Me quieres, Pericón?
No contestó.

—¿No me quieres?—volvió a preguntar Juanita, mirándole a los ojos.

Pericón bajó su cabezota, y comenzó a restregarla contra el delicado cuerpo de la rapaza.

—¡Sí me quiere, sí me quiere!—palmoteó alegre, y se quedó contemplando aquellos ojos grandones, en cuyas oscuras pupilas se veía retratada.

Pericón la miraba tiernamente, dulcemente. Ella reía satisfecha.

Eran muy amigos. Se querían mucho; como que juntos pasaban casi todo el día.

Ambos contribuían con su trabajo a ganar el mezquino sustento de aquella viejecita, la abuela de la chica, que, cultivando un huertecillo, criaba las hortalizas que después llevarían al mercado Juanita y Pericón.

Este cargaba pacientemente con las lechugas, las berzas, los tomates; en seguida se aproximaba al poyo para que la niña montase sobre él, y echaba a andar gozoso, con paso menudito, hacia el mercado.

Durante el camino, alguna vez volvía la cabeza, y, alargando cuanto podía su pescuezo, tiraba un bocado al verde apetitoso que llevaba en sus lomos.

Juanita reprendíale severamente; pero pronto le perdonaba, porque comprendía que era demasiada virtud para un borriquillo nada ahito conducir una carga tan sabrosa y no intentar probarla.

Por lo demás, era muy bueno. Seguía la a todas partes como un borreguillo; dijérase que no podía vivir sin ella.

Todas las mañanas llevábase al pesebre un hacecillo de hierbas, restos de verduras, a veces su buen pienso de cebada. Pericón reía.

¡No; no lo toméis a broma! Pericón reía.

¡Cómo lloraba! Estaba inconsolable. Se miraba en los grandes ojos de Pericón, que estaban húmedos por el llanto, sin duda, y veía en sus hondas pupilas el dolor que sentía.

Camino del mercado van por última vez los dos compañeros.

¡Qué triste es el paisaje reflejado en los tristes ojos de la rapazuela!

Hoy no quiso montar. Ha preferido alargar el poco tiempo que le queda de acompañar a Pericón. Ella marcha delante. El pollino la sigue mustio y cabizbajo.

Antes de llegar al pueblo quiere darle la despedida: la abraza y llora sin consuelo.

¡Ya queda sola para el duro trabajo, ya no tendrá más aquella dulce compañía!

Aquel caminito que tantas veces lo anduvieron juntos, desde ahora ella sola, ¡sola, sola!... lo andará.

Se ha sentado rendida, congojada, sobre una piedra, y no se ha apercibido de que alguien llega.

Es don Antonio, el rico, el bondadoso don Antonio que sale a ver sus fincas.

—¿Qué te pasa, muchacha? ¿Por qué lloras?

Juanita se ha asustado; pero al reconocerle tranquilízase y le cuenta su drama.

—¿Y dices que os apremia por diez duros y cinco de los réditos?

—Quince duros. Ya ve usted. ¡No los ganamos en un año!

Don Antonio ha sacado una carterita.

Acaricia a la niña, y entregándole un billete le dice:

—Toma. No lo pierdas. Llévase lo a tu abuelita y dile que no se preocupe de la deuda, que yo hablaré con el tío Garduña.

No sabe qué hacer la hortelanita.

Se ha quedado atónita con aquel papel entre las manos.

Mira a don Antonio, mira a Pericón. Ríe y llora a la vez, y en su transporte de júbilo se abraza al borriquillo gritando:

—Ya no te vas de mi lado.—Y salta y ríe como una loca.



Después llama a don Antonio para decirle: —Mire, mire usted cómo ríe mi borriquillo. ¡Y no quieren creermelo! ¿Verdad que ríe y llora mi Pericón?

—¿Y por qué no? Los animales sienten afecto por quien los quiere.

—Es que un día me dijo don Facundo, que dicen que es sabio, que era una tontería decir lo que yo digo: que Pericón no siente ni alegría ni pena: que soy yo la que veo reflejados en sus ojos los míos propios. ¿Verdad que esto no es cierto, aunque lo diga un sabio?

—No, mujercita; no.

Y piensa, convencido: ¿Qué saben los sabios de cosas ingenuas?

L. ALONSO.

